

Al fin de la entrevista mandó el príncipe azteca á sus servidores distribuyeran los presentes preparados para sus huéspedes, los cuales consistian en vestidos de algodón, tantos en número, que segun se dice, fueron bastantes para dar á cada soldado, incluso los aliados, un traje completo (25). No dejó de añadir el obsequio acostumbrado de cadenas de oro y otros adornos de este metal que igualmente distribuyó con profusion entre los españoles. Entonces se retiró con la misma ceremonia con que habia entrado, dejando una profunda impresion en todos los que habian concurrido á la visita, de su munificencia y afabilidad, muy diversa de lo que se les habia hecho esperar, por lo que ya consideraban tales informes como una invencion de sus enemigos (26). Aquella tarde celebraron los españoles su llegada á la capital de Méjico con una descarga general de artillería. El estruendo del cañon que se repetia entre los edificios y los sacudia hasta sus cimientos: el olor de la pólvora cuyo humo se levantaba en nubes sobre los muros del campamento, y recordaba á los habitantes las explosiones del gran volcan; todo llenó de espanto á los supersticiosos aztecas. Esto les anunciaba que la ciudad abrigaba en su seno á aquellos terribles guerreros cuyo camino se habia señalado con la desolacion, y que podian hacer descender los rayos para consumir á sus enemigos. Era indudablemente la política de Cortés fomentar este sentimiento supersticioso hasta donde fuera posible, y desde el principio imprimir en los nativos un respetuoso temor por el poder sobrenatural de los españoles (27).

La mañana siguiente pidió el general permiso para pagar al emperador la visita en su palacio. Fuéle concedido sin dilacion, y Montezuma mandó á sus oficiales que condujesen á los españoles á su presencia. Atavióse Cortés con su mas rico traje, y salió de sus cuarteles acompañado de Alvarado, Sandoval, Velazquez, Ordaz y cinco ó seis soldados.

No distaba mucho la real habitacion. Levantábase al sudoeste de la catedral, en el mismo sitio ocupado despues en parte por la casa del Estado, palacio

(25) „Muchas y diversas joyas de oro, y plata, y plumajes, y con fasta cinco ó seis mil piezas de ropa de algodón muy ricas, y de diversas maneras tejida, y labrada.” (Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 80.)—Aun esto es menos de lo cierto, segun Diaz. „Tenia apercebido el gran Montezuma muy ricas joyas de oro, y de muchas hechuras, que dió á nuestro capitan, é asi mismo á cada uno de nuestros capitanes dió cosas de oro, y tres cargas de mantas de labores ricas de pluma, y entre todos los soldados tambien nos dió á cada uno á dos cargas de mantas, con alegría, y en todo parecia gran señor.” (Hist. de la conquista, cap. 89.) „Sex millia vestium, aiunt qui eas videre.” P. Martir de Angleria, De Orbe Novo, déc. 5, cap. 3.

(26) Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 85.—Gomara, Crónica, cap. 66.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 7, cap. 6.—Bernal Diaz, Ibid, ubi supra.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 5.

(27) „La noche siguiente jugaron la artillería por la solemnidad de haber llegado sin daño adonde deseaban; pero los indios como no usados á los truenos de la artillería, mal hedor de la pólvora, recibieron grande alteracion y miedo toda aquella noche.” Sahagun, Hist. de Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 17.

de los duques de Monteleone, descendientes de Cortés (28) (a). Era un espacioso é irregular conjunto de edificios de piedra, semejantes al que ocupaban los españoles; y tan extenso, que segun uno de los conquistadores asegura, aunque lo visitó mas de una vez con el determinado objeto de verlo todo, se fatigó tanto en cada una de ellas vagando por las habitaciones, que no pudo conseguir su intento (29). Estaba construido de una piedra porosa y encarnada que se produce en el país, llamada tetzontli: veíase adornado de mármol; y en la fachada de la entrada principal estaban esculpidas las armas ó divisa de Montezuma; una águila con una pantera en sus garras (30).

En los patios por donde pasaron los españoles jugaban fuentes de cristalinas aguas, alimentadas por el abundante receptáculo situado en el distante cerro de Chapultepec; y á su vez abastecian mas de cien baños en el interior del palacio. Multitud de nobles aztecas paseábanse en estos patios y en los salones exteriores, alternando las horas de servicio en la corte. Las habitaciones eran de una inmensa extension, aunque no muy elevadas. Los techos componianse de varias clases de olorosas maderas ingeniosamente esculpidas, y el pavimento estaba cubierto con esteras de palma: de los muros pendian colgaduras de algodón ricamente teñido, pieles de animales feroces ó vistosas cortinas de plumaje, imitando animales, insectos y flores, con tanta perfeccion y brillantez de colores, que podian compararse á los tapices de Flandes. Nubes de aromático humo se levantaban de los incensarios y esparcian en las habitaciones un olor embriagante. Pudieron muy bien los españoles imaginarse en el voluptuoso recinto

(28) „C'est là que la famille construisit le bel édifice dans lequel se trouvent les archives del Estado, et qui est passé avec tout l'héritage au duc Napolitain de Monteleone.” „Aquí construyó la familia el bello edificio en que se encuentra el archivo del Estado, y que pasó con toda la herencia al duque Napolitano de Monteleone.” (Humbolt, Essai politique, tom. II, p. 72.) Los habitantes de la moderna Méjico deben estar muy reconocidos á este estudioso viajero, por el cuidado que tuvo en identificar los lugares memorables de su capital. No es muy frecuente que un tratado filosófico sea tambien un buen *manuel du voyageur*, manual del viajero.

(a) El baron de Humboldt incurrió en esta equivocacion por no haber sabido que el palacio actual del gobierno fué propiedad de Cortés en los primeros cincuenta años inmediatos á la conquista, y ese era el que habitaba Montezuma y no su casa del estado, ahora del Montepio.

(29) „Et io entrai più di quattro volte in una casa del gran Signor non per altro effetto che per vederla, et ogni volta vi camminauo tanto che mi stancauo, et mai la fini di vedere tutta.” „Yo entré mas de cuatro veces á una casa del gran señor sin mas objeto que verla, y siempre andaba tanto que me cansaba y nunca la acabé de ver toda.” Rel. d'un gent., en Ramusio, tom. III, fol. 309.

(30) Gomara, Crónica, cap. 71.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 7, cap. 9.

Los escritores le llaman „tigre,” animal no conocido en América. Yo me he aventurado á substituir el pantera, *tlalocelott* de Méjico, animal indígena, que siendo de la misma familia pudieron muy bien confundirlo con el tigre del antiguo continente.

de un harem oriental, en vez de ocupar los salones de un salvaje y bárbaro gefe del mundo occidental (31).

Al llegar al salon de audiencia, dejaron los oficiales mejicanos sus sandalias, y cubrieron su vistoso traje con un manto de *nequen*, tosca tela hecha de hilos de maguey y solo usada por las clases mas pobres. Este acto de humillacion imponiase á todos los que se acercaban al soberano, excepto á los miembros de su familia (32). Descalzos, con los ojos bajos y con una formal ceremonia, introdujeron á los españoles á la real presencia.

Encontraron á Montezuma sentado al extremo de un espacioso salon, y rodeado de algunos de sus gefes favoritos. Recibiólos bondadosamente, y muy pronto comenzó Cortés sin muchos preámbulos á tratar del objeto que ocupaba sus pensamientos. Conocia muy bien la importancia de convertir al monarca, cuyo ejemplo tendria tanta influencia en el pueblo. Por esto se preparó á desplegar todos sus conocimientos teológicos con los atractivos encantos de la retórica, que mas estuvieron á su alcance, cuya interpretacion era transmitida por el modulado y suave acento de Marina, tan inseparable de él en tales ocasiones como su sombra.

Explicó con toda la claridad que le fué posible, las doctrinas de la Iglesia, con respecto á los misterios de la Trinidad, de la Encarnacion, y el perdon de las culpas. De aquí se remontó al origen de las cosas; á la creacion del mundo, á la de Adan y Eva, al paraíso y á la caida del hombre. Aseguró á Montezuma que los ídolos á quienes tributaban culto, eran el mismo Satan bajo diferentes formas. Prueba suficiente de ello daban los sangrientos sacrificios que imponian, los cuales contrastaban con los ritos puros y sencillos de la misa. Su culto lo conduciría á la perdicion. A rescatar su alma y las de su pueblo del fuego eterno, enseñándoles una fe mas pura era á lo que los cristianos habian venido á su país. Encarecidamente le suplicó no despreciara la oportunidad de asegurar su salvacion abrazando la cruz, sublime signo de la redencion del género humano.

La elocuencia del predicador no pudo ganar el insensible corazon del real oyente. Sin duda perdió algo de su eficacia siendo comunicada por la imperfecta interpretacion de neófito tan reciente como la jóven india; pero las

(31) Toribio, Hist. de los indios, MS., parte 3, cap. 7.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 7, cap. 9.—Gomara, Crónica, cap. 71.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 91.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 5 y 46.—Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, pp. 111-114.

(32) „Para entrar en su palacio, á que ellos llaman Tecpa, todos se descalzaban, y los que entraban á negociar con él habian de llevar mantas groseras encima de sí; y si eran grandes señores ó en tiempo de frio, sobre las mantas buenas que llevaban vestidas, ponian una manta grosera y pobre; y para hablarle, estaban muy humillados y sin levantar los ojos.” (Toribio, Hist. de los indios, MS., parte 3, cap. 7.) No hay mejor autoridad que este digno misionero, sobre las constumbres de los antiguos aztecas, que conoció personalmente tanto tiempo.

doctrinas eran demasiado abstractas en sí mismas para poder ser comprendidas de un golpe por el rudo entendimiento de un bárbaro. Y acaso Montezuma pudo pensar que no era mas monstruoso alimentarse con la sangre de un semejante que con la del mismo Criador (33) (a). Además estaba imbuido desde la cuna, en las supersticiones de su país. Habíasele educado en la mas rígida secta de su religion: habia sido sacerdote antes de subir al trono; y era entonces el gefe de la religion y del estado. No debia, pues, esperarse que se prestara á los argumentos ó á la persuasion, aun de los labios de un controversista mas práctico que el comandante español. ¿Cómo podia abjurar la fe que estaba asociada á las mas caras afecciones de su corazon y á los mismos elementos de su existencia? ¿Cómo podia ser ingrato y perjuro á los dioses que le habian elevado á tanta prosperidad, y cuyos santuarios estaban confiados á su especial cuidado?

Sin embargo, escuchó con silenciosa atencion, hasta que hubo concluido el general su homilía. Entonces contestó, sabia que los españoles habian hecho los mismos discursos donde quiera que habian estado. No dudaba que su Dios fuera como ellos aseguraban, un Ser benéfico; mas sus divinidades lo eran tambien para ellos; y aun lo que el gefe español decia respecto de la creacion del mundo, era semejante á lo que se les habia enseñado á creer (34). No era, pues, conveniente discurrir mas sobre el asunto. Sus antepasados, agregó, no eran los primeros poseedores del país. Lo habian ocupado pocos siglos antes, y habian sido conducidos á él, por un bondadoso Ser, que despues de haberles dado leyes y regido la nacion por algun tiempo, se retiró á las regiones donde se levanta el sol. Habia predicho al partir, que él ó sus descendientes volverian á visitarlos y á recobrar su imperio (35). Las admirables proezas de los españoles, su color blanco, y el lugar de donde venian, todo mostraba que eran descendientes de aquel Ser extraordinario. Habíase resistido á que visitaran su capital, porque tuvo horribles noticias de sus crueldades; porque habia sabido que arrojaban rayos para consumir á su pueblo, ó lo hacian pedazos bajo la acerada planta de los feroces

(33) El burlesco efecto, si el asunto no fuera demasiado grave para justificar la expresion, de una creencia literal en la doctrina recibida en la madre patria aun hasta la presente sobre la trasustanciacion, está bien pintado por Blanco White, Letters from Spain, (Londres, 1822,) let. 1.

(a) El Señor Prescott profesa la religion protestante, que no reconoce la presencia real de Jesucristo en la Eucaristia; y de aquí procede la rechifla que hace en este párrafo sobre este augusto sacramento.

(34) „Y en eso de la creacion del mundo así lo tenemos nosotros creído, muchos tiempos pasados.” (Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 90.) Sobre algunos puntos de semejanza entre las tradiciones aztecas y las de los hebreos, puede verse el lib. 1, cap. 3, y el Apéndice, parte 1 de esta Historia.

(35) „E siempre hemos tenido, que de los que de él descendiesen habian de venir á sojuzgar esta tierra, y á nosotros como á sus vasallos.” Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 81.

animales en que cabalgaban. Estaba ya convencido de que todas fueron calumnias: que los españoles eran por su naturaleza buenos y generosos; mortales de una raza diferente de los aztecas, mas sabios y mas valientes, y que por esto los respetaba.

„Se os ha dicho tal vez,” añadió con sonrisa, „que yo soy como Dios, y que habito alcázares de oro y plata (36); pero ya veis que es falso. Mis palacios aunque espaciosos, son de piedra y madera como las habitaciones de los demas; y en cuanto á mi cuerpo,” desnudando su moreno brazo, „ya veis que es de carne y hueso como los vuestros. Es cierto que he heredado de mis abuelos un grande imperio, y tierras, y oro, y plata; pero sé que vuestro soberano que habita allende de los mares, es el legítimo dueño de todo. Yo gobierno en su nombre. Vos, Malinche, sois su embajador. Vos y vuestros compañeros participaréis conmigo de estos bienes. Descansad ahora de vuestras fatigas. Estais en vuestra casa, y se os dará todo lo necesario para vuestra subsistencia. Yo cuidaré de que vuestros deseos sean cumplidos con la misma puntualidad que los míos” (37). Al concluir el monarca estas palabras, se desprendieron de sus ojos algunas lágrimas; tal vez porque la imágen de su antigua independencia se presentó á su imaginación (38).

Cortés, al mismo tiempo que apoyaba la idea de que su soberano era el poderoso Ser indicado por Montezuma, procuraba consolarle con la protesta de que su amo no deseaba intervenir en su autoridad, sino en cuanto fuera necesario á su bienestar y para conseguir su conversión, así como la de su pueblo á la cristiandad. Antes de despedir el emperador á los españoles, consultando su acostumbrada munificencia, distribuyó entre ellos ricas telas y piezas de oro, de manera, dice Bernal Diaz, que el mas pobre soldado de los que acompañaron á Cortés recibió por lo menos dos pesados collares de aquel precioso metal. Conmovióse el duro corazón de los españoles con la emoción manifestada por Montezuma, así como con su régia liberalidad. Al pasar delante de él, los caballeros con la

(36) „Y luego el Montezuma dijo riendo, porque en todo era muy regocijado en su hablar de gran señor: Malinche, bien sé que te han dicho esos de Tlascala, con quien tanta amistad aveis tomado, que yo que soy como Dios, ó Teule, que cuanto hay en mis casas es todo oro, é plata, y piedras ricas.” Bernal Diaz, *Ibid.*, ubi supra.

(37) „E por tanto vos sed cierto, que os obedeceremos, y ternemos por señor en lugar de ese gran señor, que decis, y que en ello no habia falta, ni engaño alguno; é bien podeis en toda la tierra, digo, que en la que yo en mi señorío poseo, mandar á vuestra voluntad, porque será obedecido y fecho, y todo lo que nosotros tenemos es para lo que vos de ello quisiéredes disponer.” *Rel. seg. de Cortés*, ubi supra.

(38) P. Mártir de Angleria, *De Orbe Novo*, déc. 5, cap. 3.—Gomara, *Crónica*, cap. 66.—Oviedo, *Hist. de las Ind.*, MS., lib. 33, cap. 5.—Gonzalo de las Casas, MS., parte 1, cap. 24.

Cortés, en sus breves notas sobre este suceso, habla solo de la entrevista con Montezuma en los cuarteles españoles, donde supone tuvo lugar el diálogo anterior.—Bernal Diaz lo transfiere á la siguiente visita en el palacio; pero en el diálogo mismo que es el único punto de importancia, ambos convienen sustancialmente.

gorra en la mano, hiciéronle una profunda cortesía; y „al volver á los cuarteles,” continúa el mismo historiador, „no podíamos hablar de otra cosa, sino de la gentil urbanidad y cortesía del monarca indio y del respeto que le teníamos” (39).

Reflexiones de un carácter mas grave debieron haber ocupado la mente del general, al ver por todas partes pruebas evidentes de una civilización, y por consiguiente de un poder, para el cual aun las encarecidas descripciones de los nativos, indignas de crédito por su manifiesta exageración, no le habian preparado. En la pompa y ostentoso ceremonial de la corte, veía aquel bello sistema de subordinación y profundo respeto hácia la persona del monarca, que caracteriza los imperios medio civilizados del Asia. En la apariencia de la capital: en su sólida y aun elegante arquitectura: en su lujo y comodidades sociales; en su actividad en el comercio, reconocia pruebas de los progresos intelectuales, habilidad mecánica, y abundantes recursos de una antigua y opulenta sociedad; al mismo tiempo que la multitud que recorria las calles atestiguaba la existencia de una población capaz de convertir estos recursos en su mejor provecho.

En el azteca veía á un hombre, no semejante al rudo republicano tlascalteca: no tampoco al afeminado cholulense; sino á uno que combinaba el valor del primero con la civilización del segundo. Hallábase en el centro de una gran capital que con sus diques y puentes levadizos, parecia una extensa fortificación donde cada casa podia convertirse en un castillo. Su posición insular la separaba del continente, con el cual á una simple señal del soberano, podia cortarse toda comunicación y toda la guerrera población precipitarse de un golpe sobre él y el pequeño número de sus compañeros. ¿Qué ciencia por superior que fuese podría servir contra un número tan indefinido de enemigos? (40)

En cuanto á la suversión del imperio de Montezuma, entonces que le habian visto ya en su capital podia parecer empresa mas dudosa que nunca. El reconocimiento que el príncipe azteca habia hecho de la supremacía feudal, si así puede decirse, del soberano español, no debia entenderse muy literalmente. Cualesquiera que fuesen las pruebas de deferencia que el primero estuviera dispuesto á dar bajo la influencia del engaño tal vez temporal en que entonces se encontraba, no debia suponerse que quisiera abandonar tan fácilmente su poder y posesiones, ó que el pueblo lo consintiese. Aun el temor pueril que con respecto al mismo objeto habia mostrado á la llegada de los españoles, era prueba

(39) „Así nos despedimos con grandes cortesías dél, y nos fuymos á nuestros aposentos, é íbamos platicando de la buena manera é crianza que en todo tenia, é que nosotros en todo le tuviésemos mucho acato, é con las gorras de armas colchadas quitadas, cuando delante dél pasásemos.” Bernal Diaz, *Hist. de la conquista*, cap. 90.

(40) „Y así,” dice Toribio de Benavente, „estaba tan fuerte esta ciudad, que parecia no bastar poder humano para ganarla; porque ademas de su fuerza y municion que tenia, era cabeza y señorío de toda la tierra, y el señor de ella (Moteczuma) gloriábase en su silla y en la fortaleza de su ciudad, y en la muchedumbre de sus vasallos.” *Hist. de los indios*, MS., parte 3, cap. 8.